

CONFERENCIA DEL MAESTRO OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA AVIDEZ 25 de abril de 1942

¡Durante años hablaremos del amor! Abran sus corazones y sus almas y recibirán riquezas. ¿Creen saberlo todo sobre el amor? A menudo creen conocer una cosa y descubren el mismo día que les faltaban sobre ese tema muchas nociones importantes. Al día siguiente eso vuelve a comenzar. El amor, ¡siempre el amor! El amor es una ciencia que jamás se ha abordado desde todos los ángulos; continuamente podemos presentar otros aspectos y nuevas realidades.

Existe una actividad y una conversación de la que no nos cansamos: comer. Cuenten cuántas veces han comido desde su nacimiento. Se han alimentado al menos tres veces al día, quizá más; algunos hacen hasta siete comidas y otros se levantan por la noche para comer. ¿Cómo es que no se hayan hartado de eso? Al contrario, se alegran de levantarse, por la mañana, a causa del desayuno. Ni siquiera los enfermos, los preocupados ni los atormentados pasan de ello. Se cansan un poco al comer, pero, tan pronto como les ofrecen un festín, los ojos brillan, se frotan las manos. Los invitados, cuando llegan, están dispuestos a hablar con todos los comensales, estrechan la mano de cualquiera sin reticencia, juegan y bromean con los niños. Incluso entran a hurtadillas a la cocina para halagar a la cocinera... Pero, después de la comida, cuando están saciados, hartos, se dicen: "No vale la pena tirar la casa por la ventana". Lo olvidan todo y se van a dormir.

¡Pues bien! Actúan completamente de la misma forma en lo que se refiere a la cocina de Dios.

Había un gran propietario en Bulgaria, bueno, amable, lleno de cualidades, que llevaba un nombre muy embarazoso: Pardichiola. Esta palabra búlgara indica una cosa que todo el mundo hace pero que no se dice. Ese hombre realizó todas las gestiones necesarias para cambiar de

nombre. Y después su esposa y él, muy contentos, organizaron una fiesta para que todo el mundo conociera su nuevo nombre. Prepararon un banquete con pavos trufados, corderos asados, lechones, salsas, mayonesas, picantes y postres... Se les hace agua la boca, ¡claro! ¡Ánimo! La abundancia regresará un día, aunque no deseo que se vuelvan a encontrar ante platos de carne. Vino a ese festín toda la alta sociedad. Cada cual sabía que los anfitriones llevaban ahora otro nombre, y ninguno dejó de saludarles, al llegar, con este nombre con ostentación. Los Pardichiola estaban encantados. Todo ocurría como lo habían deseado. Comieron, se deleitaron, se hartaron. Y después había que despedirse. Al marcharse, todos dijeron: "Adiós, Pardichiola".

Esta historia pone de relieve un aspecto de la naturaleza humana. Vuelvan a leerla varias veces, piensen en ella. ¿Acaso no es cierto que antes de la cena están dispuestos a todas las cortesías, pero las olvidan cuando el estómago está satisfecho? En estos momentos todos los franceses dicen que cuando vuelva la paz, cuando el alimento sea abundante de nuevo, sabrán apreciar la leche, el pan, el vino. No creo ni una palabra de eso. Conozco la naturaleza humana. Antes de comer el hombre es amable, después maldice. ¿No se han dado cuenta todavía? Las personas ya no son las mismas cuando han recibido sus regalos de Año Nuevo. Y ustedes mismos, ¿cómo actuaban, hasta hace poco tiempo, en lo que se refiere a la abundancia de los bienes que Dios ponía a su disposición? Tan pronto como está saciado el hombre lo olvida todo.

Unos esposos están en casa de sus amigos y solo hacen elogios con respecto a la comida que se les ofrece. Al regresar a su casa, critican la sopa, la carne, las crepas, el licor. Se ríen de la dueña de casa cuya media tenía un pequeño agujero, del mantel de la mesa mal planchado, del marido por sus dientes amarillos... Criticar, siempre criticar, encuentran eso muy natural. Incluso temen pasar por estúpidos si no lo hacen. Los humanos son iguales en todas partes. Vemos el mismo fenómeno cuando se trata de las conferencias. Antes de ir allí, las personas se comportan como antes de una buena comida. Piensan: "Voy a ver gente bien, personas interesantes y distinguidas". Los hombres piensan en conocer una mujer atractiva que les inspire, y las mujeres esperan encontrar a un hombre fuerte que les apoye en sus vidas. Todos se preparan para "comer bien". Y cuando regresan solos a sus casas empiezan a destrozarlo todo. ¿Es el conferencista el responsable de su decepción? No fueron a la conferencia por él, pero le acusan.

Es muy interesante sondear el dominio psicológico de los asistentes. Muy pocos han venido por motivos puros. Uno espera obtener de ello alguna cosa. Otro, magnetizador, quiere intentar conquistar a clientes que después podrá manosear en su casa. El astrólogo quiere ofrecer sus servicios para vender cartas astrales. La modista criticará los sombreros y se llevará pedidos... Si vienen a escuchar una conferencia sin tener otros motivos que esos, estarán decepcionados, eso es seguro. Muy pocos vienen con la intención precisa y determinada de unirse con el Dios vivo que está presente en cada uno de los asistentes y para hacer intercambios en el dominio de la vida interior. Pocos se unen a los demás para propagar juntos una fuerza, un perfume, para dar ejemplo de una atmósfera hecha de armonía, de amor y de alegría. La mayoría viene con la segunda intención de ganar alguna cosa, de tomar.

Jamás se ha visto un pescador acercarse a un estanque o a un río para instruir a los peces dándoles un buen ejemplo. Todos ellos quieren traer a casa una buena cena, nada más. En nuestras reuniones, reconozco a los pescadores por sus anzuelos. Los hay de varios tipos. Cada cual se dirige hacia una charca, sumerge su sedal de caña en el agua y espera a que una presa muerda el anzuelo. Piensan en engañar, en sacar provecho, en ganar, en hacer un negocio. Otros esperan encontrar a una oveja para trasquilar o raptar o a una "pera" para devorar. ¿Por qué eligen precisamente reuniones espiritualistas para satisfacer sus ansias? Porque en tales grupos hay muchas "peras", es decir personas confiadas. Los astutos están en otro sitio, en la Bolsa, por ejemplo, que es parecida a una casa de fieras; se oyen gritos de bestias salvajes. La Bolsa es un lugar que no podría soportar siquiera unos minutos. Pero en esa multitud escandalosa no encontrarían muchas "peras" u ovejas. Todos los participantes son especialistas en el arte de calcular, de sacar provecho y de ganar.

Es en las reuniones espiritualistas en donde encuentran mujeres buenas y dedicadas. Ellas le piden a Dios que les perdone sus faltas, ya que todas ellas pecaron en el pasado, todas quieren mejorarse y purificarse. Están dispuestas a todas las generosidades, responden inmediatamente que sí al pescador que les tiende su sedal o su red. Se van juntos, y naturalmente se comen unos a otros... Después viene la oveja a quejarse conmigo de que la han despellejado y engañado. Son hechos auténticos los que les relato. A estas ovejas engañadas, yo les digo: "¿Acaso no han reconocido al lobo?" No, ella no lo reconoció, porque una oveja sincera no se imagina que unos lobos puedan entrar a hurtadillas en una enseñanza espiritualista. ¡Pues bien! ¡Sí! Encontramos lobos.* Que las ovejas se

mantengan cerca del aprisco y del pastor, de lo contrario conocerán las garras y los colmillos de los lobos, que intentarán meterse en sus vidas privadas con el pretexto de hacerles el bien. Eso ya ha sucedido, ustedes lo saben. Ciertos lobos se disfrazan de doctores. Tienen que desarrollar su discernimiento para reconocerlos y tienen que mantenerse en el aprisco. ¡Qué difícil es educar a los hombres! A la naturaleza humana podemos hablarle cuando tiene hambre. Una vez alimentada ya no escucha nada.

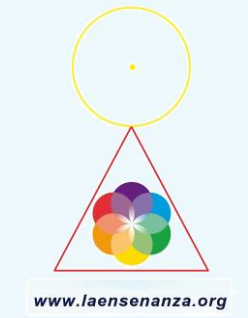
Ustedes se acuerdan de la historia del rey que amaba a su esposa. Ésta tenía una obsesión: reinar. Le suplicaba a su marido: "Permíteme gobernar solo veinticuatro horas". El rey, prudente y sabio, nunca se lo había concedido. Pero un día cedió a sus insistencias. ¿Saben cuál fue la primera orden que dio la reina? Colgar al rey. Es así como actúa la naturaleza humana. Si le dan satisfacción una sola vez, ella se burla de ustedes. No tiene reconocimiento, sino que se vuelve más y más exigente, grita más fuerte. Los Iniciados jamás contentan a su naturaleza inferior como ella lo exige. En este ámbito se mantienen siempre sobre aviso, conservan la distancia. En una fábula de La Fontaine se ve a un zorro, asfixiado por un hueso atascado en su garganta, pedir a una cigüeña que se lo quite. Eso es lo que hizo, metiendo su largo pico en las fauces del zorro. Una vez terminada la operación, éste le dijo: "Ahora agradéceme por no haber devorado tu cabeza mientras te tenía entre mis mandíbulas." Esta es la gratitud de la naturaleza inferior, la del lobo. No hay que intentar satisfacer completamente a la naturaleza inferior. Ella se queja y exige siempre más. Hay que dejar que tenga un poco de hambre.

¿Actúa su estómago de otro modo? Si ustedes lo llenan, ¿les agradece? No, se agita, les hace sufrir y pone en dificultades todo su organismo. Incluso los empuja hacia alguna joven bonita y les aconseja: "¡Lánzate sobre ella!" El estómago tiene todos los apetitos más grotescos, los más groseros, los más insolentes. Él les ordena: "¡Eh! Amo mío, Señor mío, lléname y yo haré todo lo que quieras". Pero él no cumple sus promesas. Los pone enfermos. Nunca lo llenen completamente, no vayan hasta sus límites si quieren mantenerlo bajo sus órdenes. Esta misma ley actúa en muchos otros dominios, por ejemplo, en el del amor. En la mesa yo observo en algunas personas un gesto muy revelador. Restriegan sus platos de modo que no queda la menor migaja. Es aconsejable dejar algo en su plato, por poco que sea, algunas migajas, unos restos de salsa. Comer todo es un hábito muy malo. Se imaginan que está bien desde el punto de vista económico o incluso desde el punto de vista higiénico.

Conozco a personas que vacían los platos y comen incluso lo que se queda en el fondo de la cacerola. Es un hábito que acorta la vida. Comer hasta la saciedad puede acortar la vida en diez, veinte o treinta años. Quienes no satisfacen su hambre por completo prolongan sus vidas. Me harían falta al menos tres horas para explicarles lo que ocurre en los dos casos. Es extraño que esta idea haya sido inculcada a las personas: que cuanto más comen mejor es la salud. Después de las fiestas los hospitales están llenos de enfermos que han bebido o comido demasiado. Es el exceso lo que enferma y hace morir, no la sobriedad. El hambre hace morir, pero es una situación excepcional en la que la voluntad del individuo no entra en juego. En tiempos normales incluso los más pobres, los mendigos, encuentran con qué subsistir, ya que para ello basta muy poco alimento. Los hombres no conocen las leyes de las que les hablo. Jamás han querido aprenderlas. Es por ello por lo que son ingratos hacia Dios que les ha dado la salud, la belleza, la inteligencia y todas sus facultades. Dios nos ha dado tantas riquezas, pero ahora puede ocurrir que nos las quite para hacernos tomar consciencia y para que finalmente seamos agradecidos.

En lo que se refiere a las conferencias yo no debo darles demasiado, ahí tampoco. Ustedes ya están muy instruidos, son verdaderos sabios. Si los atiborrara yo estaría cometiendo un error y debería aguantar sus críticas más que sus agradecimientos. Para que ustedes sigan estando contentos es necesario que les deje tener hambre de vez en cuando. Su estómago, es decir su cerebro, ya no me escucharía si estuviera demasiado lleno. Así pues, yo les ofrezco pequeñas comidas, sin esperar nada de ustedes, ni siquiera que me den un nuevo nombre a la salida. Si ustedes no están contentos con su nombre, yo les enseñaré a modificarlo, sin que piensen en contárselo a todo el mundo. Ustedes serán los únicos – junto a Dios – en conocer su nuevo nombre. ¿Es eso posible? Sí. Todos los Iniciados tienen un nombre que solo su Maestro y ellos mismos conocen. Es un nombre oculto, secreto, que transforma su destino. Un día les hablaré de las influencias planetarias correspondientes a un nombre y a sus vibraciones. No se puede elegir cualquier nombre. Ciertos Iniciados utilizan su nombre cabalístico, otros lo mantienen siempre secreto.

* * *



* Leer conferencia # 293: Simbolismo del lobo, de la oveja.